

Aristóteles

Política

Introducción, traducción y notas de
Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1986
Segunda edición: 2015
Sexta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-9737-6
Depósito legal: M. 216-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Introducción, por Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez
- 55 Nota a la presente edición
- Política
- 59 Libro primero. Comunidad Política y comunidad familiar
- 59 1. Fin de la comunidad. Planteamiento metodológico
- 60 2. Origen de la ciudad: familia, aldea y ciudad. El hombre, «animal cívico»
- 63 3. La familia: relaciones familiares
- 65 4. La esclavitud, I: clases de instrumentos
- 66 5. La esclavitud, II: justificación natural
- 69 6. La esclavitud, III: justificación legal de la esclavitud. Su utilidad y justicia
- 71 7. La esclavitud, IV: saber del esclavo y saber del señor
- 72 8. Economía y crematística. La propiedad y su adquisición
- 76 9. El cambio. Origen del comercio y la moneda
- 81 10. Economía familiar. El interés
- 82 11. Clases de crematística: agricultura, comercio e industria
- 85 12. Autoridad marital y paternal
- 86 13. La virtud de los distintos elementos sociales y familiares

- 91 Libro segundo. Análisis de las Constituciones más perfectas
- 91 1. Planteamiento. Comunidad política y participación
- 92 2. República de Platón, I: comunidad de mujeres e hijos. Unidad de la ciudad. Crítica a esa ciudad
- 94 3. República de Platón, II: crítica a la comunidad de mujeres e hijos
- 96 4. República de Platón, III: continúa la crítica anterior
- 99 5. República de Platón, IV: crítica a la comunidad de bienes
- 105 6. Las *Leyes* de Platón: crítica de la Constitución allí desarrollada
- 110 7. La Constitución de Faleas de Calcedonia
- 115 8. La Constitución de Hipódamo de Mileto
- 121 9. La Constitución de Esparta
- 128 10. La Constitución de Creta
- 132 11. La Constitución de Cartago
- 135 12. Otros legisladores: Solón, Zaleuco, Carondas, Onomácrita, Filolao, Dracón, Pítaco y Androdamante
- 140 Libro tercero. Teoría del ciudadano y regímenes políticos
- 140 1. Definición del ciudadano
- 143 2. La ciudadanía
- 144 3. El Estado: territorio, población y constitución
- 146 4. Virtud del ciudadano y del hombre de bien. Autoridad pública
- 151 5. Los artesanos y el régimen político
- 153 6. Diversidad de regímenes. Fin de la ciudad y autoridad política
- 155 7. Clases de regímenes

157	8. Naturaleza de los regímenes: democracia y oligarquía
158	9. La justicia: la virtud, fin verdadero de la ciudad
162	10. Soberanía de la ciudad: ricos y pobres
163	11. Análisis de gobierno popular
167	12. Criterios para la distribución de magistraturas
169	13. El derecho al poder. El ostracismo
175	14. La monarquía y sus clases, I
178	15. La monarquía y sus clases, II
182	16. La monarquía absoluta, I
185	17. La monarquía absoluta, II
187	18. Recapitulación
189	Libro cuarto. Los diversos tipos de regímenes políticos
189	1. Objetivo de la ciencia política. Leyes y Constitución
192	2. Resumen de lo anterior. Plan de trabajo
193	3. Tipos de regímenes políticos
195	4. Democracia y oligarquía. Tipos de democracia
202	5. Tipos de oligarquía
203	6. Criterios económicos y sociales: tipos de democracia y oligarquía
206	7. Aristocracia y república (<i>politeia</i>)
207	8. Análisis de la república, I
209	9. Análisis de la república, II
212	10. La tiranía y sus tipos
213	11. El régimen de la clase media
217	12. Regímenes que convienen a los distintos tipos de pueblo
219	13. Medidas de los sistemas oligárquicos y democráticos para su conservación
222	14. El poder deliberativo en los distintos regímenes

- 226 15. El poder ejecutivo: los magistraturas
232 16. El poder judicial: tipos de tribunales
- 235 Libro quinto. Inestabilidad de los regímenes políticos
- 235 1. Los cambios políticos. Aspectos generales
238 2. Causas de las revoluciones
240 3. Estudio detallado de esas causas, I
244 4. Estudio detallado de esas causas, II
247 5. Causas de las revueltas en la democracia
250 6. Causas de las revueltas en la oligarquía
254 7. Causas de las revueltas en la aristocracia
258 8. Medios de salvación para los distintos regímenes
263 9. Otros medios de estabilidad política
266 10. Causas de la destrucción y medios de salvación para
las monarquías (realeza y tiranía)
275 11. Medios de salvación para las monarquías
282 12. Brevedad de las tiranías. Crítica al ciclo de las
revoluciones en Platón
- 287 Libro sexto. Organización y conservación de la
democracia y la oligarquía
- 287 1. Generalidades. Tipos de democracia
289 2. Rasgos de la democracia. Sus instituciones
291 3. Igualdad y justicia en la democracia frente a la oligarquía
293 4. Análisis de los distintos tipos de democracia
297 5. Medios para conservar las democracias
300 6. Tipos de oligarquía
301 7. Ejército y oligarquía
303 8. Análisis de las diferentes magistraturas

- 309 Libro séptimo. El régimen ideal
- 309 1. La vida mejor es la que va acompañada de virtud
312 2. Vida activa y contemplativa. Las leyes de las ciudades
están orientadas al dominio de los demás
316 3. La felicidad en relación con la vida activa y
contemplativa
319 4. Fundamentos de la ciudad ideal: su tamaño
322 5. Fundamentos de la ciudad ideal: su territorio
323 6. Fundamentos de la ciudad ideal: salida al mar
325 7. Fundamentos de la ciudad ideal: índole de sus
ciudadanos
327 8. Elementos que componen la ciudad ideal
329 9. Las funciones públicas en relación con los tipos de los
ciudadanos
332 10. Las clases sociales. Distribución del territorio
335 11. Situación de la ciudad. Plano y fortificaciones
337 12. Situación en la ciudad de los edificios públicos y
religiosos
339 13. Medios para alcanzar la felicidad de una ciudad:
organización y formación del ciudadano
342 14. La educación del ciudadano: principios que el
legislador debe tener en cuenta
347 15. Virtudes que debe tener la ciudad feliz. Orden que
debe seguir la educación
350 16. La procreación. Regulación del matrimonio y control
de natalidad
354 17. Etapas de la educación del niño y del joven

358	Libro octavo. La educación de los jóvenes
358	1. Principios de la educación en la ciudad
359	2. Naturaleza de la educación: sistemas educativos
360	3. Contenido de la educación: gramática
363	4. Contenido de la educación: gimnasia
365	5. Contenido de la educación: música
371	6. Limitaciones en la dedicación a la música. Tipos de instrumentos musicales
374	7. Melodía y ritmo. Modos musicales
379	Glosario de nombres propios y términos de instituciones
381	Nombres propios
412	Términos de instituciones

Introducción

I. La renuncia a la utopía

Aristotle was not a Utopian; there is a sense in which he was as anti-Utopian.

J. Ferguson

La *Política* de Aristóteles es una obra demasiado compleja y rica en sugerencias y problemas para poder dar en breves páginas una idea cabal de su significación. Ed. Zeller la calificó como «la más importante y más rica contribución de la Antigüedad o incluso, teniendo en cuenta la diferencia de los tiempos, el más importante de todos los trabajos que poseemos en el dominio de la ciencia política». Y, aunque tal vez cabe considerar exagerada esta apreciación en su conjunto, sería estúpido desconocer el interés, la sinceridad y la influencia histó-

rica de las reflexiones expertas de Aristóteles sobre este tema. No vamos aquí a dar un resumen de la obra –que el lector puede hacer por sí mismo, tras la lectura de las páginas siguientes– ni a definirla apresuradamente, sino a indicar algunos rasgos que nos parecen distintivos y orientadores para su comprensión ¹.

Aunque la composición de la *Política* está sujeta a discusiones en cuanto a la ordenación y datación de unos y otros libros, puede considerarse en lo esencial como una de las últimas obras de Aristóteles. El filósofo se ocupaba en ella y retocaba sus detalles en sus últimos años, entre el 330 y el 323 a. C., año de su segunda salida de Atenas y de su muerte. La publicación de la obra fue póstuma, y en relación con ésta hay una serie de problemas a que aludiremos luego ². Resulta interesante considerar la meditación política de Aristóteles en contraste con la obra de las dos figuras más importantes de la época, que él trató de cerca: su maestro Platón y su pupilo y discípulo durante algunos años, Alejandro de Macedonia.

La *Política* queda a unos cincuenta años de distancia de la *República* y a unos veintitantos de las *Leyes* de Platón, el maestro, el maestro siempre discutible, criticado tantas veces, y, sin embargo, decisivo en la formación aristotélica. Él fue, sin duda, quien orientó a nuestro autor en este terreno de la política; y aun después de muerto, seguirá siendo su principal interlocutor. Por aquellos años, los de la madurez de Aristóteles, su extraño e incomprensible discípulo Alejandro Magno revolucionaba con sus fulgurantes conquistas el panorama de la geografía política a una escala inaudita por entonces.

El pensamiento político de Aristóteles cobra una peculiar animación entre estas dos referencias: la polémica y crítica a las teorías de Platón (y a otros teóricos que culminaron en él) y, por otro lado, la coetaneidad con la creación de un gran imperio (escindido pronto en varios), que lleva consigo la destrucción de los márgenes políticos tradicionales, en un momento de una trascendencia singular. Que él, el viejo pensador tan atento a lo real, el gran teórico y el gran crítico de afán enciclopédico, no supiera advertir, comprender ni imaginar el futuro, es un hecho significativo. Creo que fue Hegel quien dijo que «el filósofo no hace profecías». En su defensa de las estructuras de la *polis* como el máximo logro de la civilización, en su rechazo escéptico de las fórmulas utópicas, Aristóteles nos revela un talante eminentemente conservador.

En la *República* se había expresado un intento radical de solucionar la crisis ciudadana que Platón había vivido con íntima amargura. En sus propuestas ideales cobraba forma positiva el rechazo de la democracia ateniense, que Platón venía propugnando desde años atrás, desde la publicación del *Gorgias* por lo menos. Tras el rechazo de esta democracia histórica y el desengaño de una reparación de sus fallos mediante alguna restauración módica de tal sistema, Platón proyectó como solución revolucionaria su régimen utópico³. Hasta qué punto pensaba Platón que su utopía era realizable es difícil de precisar. «Utopías de esta clase son menos un signo de confianza en el futuro que de desafecto hacia el presente; sus autores raramente tienen mucho que decir sobre las etapas prácticas por las que puede alcanzarse la utopía.»⁴

El profesor Dodds, con su habitual agudeza, señala cómo en el siglo IV la inseguridad política y las crueles crisis de la sociedad griega indujeron a otros pensadores a idealizar –como en un romántico afán prerousseauiano– un supuesto estado de inocencia primitiva en otros pueblos y edades.

Si Platón celebró las virtudes de los hombres de la Edad de Piedra, Jenofonte idealizó a los antiguos persas, Éforo descubrió virtudes semejantes en los escitas y Ctesias atribuyó esa ética feliz a los indios. Mientras tanto los cínicos, apóstoles de un rechazo radical de la civilización, desenmascaraban, omitían y escarnecían las convenciones básicas de la sociedad cívica. «Partiendo del ideal de la “autosuficiencia” (*autárkeia*) que Sócrates había recomendado, los cínicos predicaron el rechazo de todas las convenciones y el retorno a la vida sencilla en su forma más cruda. Eran los “beatniks” o “hippies” de la Antigüedad.»⁵ Al mito del «salvaje feliz» se añade ahora el rasgo de «cosmopolitismo», pero uno y otro son, en su origen histórico, negaciones políticas, surgidas en un preciso contexto social.

Con esto se encuentra Aristóteles, con la democracia ateniense moderada y desilusionada del siglo IV a. C., nostálgica de un pasado más glorioso, económica y socialmente muy comprometida y apurada, que, después de Alejandro, se resignará a un honorífico protagonismo cultural. Frente a la realidad del momento –en una Grecia empobrecida y devastada por guerras civiles– los filósofos, marginados de la política efectiva, la contestan con sus utopías o sus nihilismos, como soluciones más tajantes. Y Aristóteles, un meteco, originario de la lejana

Estagiros, en la vecindad de la semibárbara Macedonia, se presenta como el defensor de la *polis* en sus posibilidades históricas y sus grandes realizaciones civilizadoras.

Hay, pues, todo un trasfondo polémico, en parte latente y en parte explícito, en el hecho de que, frente al desarraigo y al exacerbado individualismo, Aristóteles ponga énfasis en el carácter social del hombre, definido como «animal cívico» (*zōon politikón*), y en el fundamento natural de la ciudad, la más perfecta y única autárquica de las comunidades *por naturaleza* (*phýsei*), «anterior por naturaleza a la familia y aun a cada individuo». Aristóteles no cree en «el buen salvaje», «el primitivo feliz», mitificado por otros pensadores. Al margen de la sociedad ciudadana sólo están las bestias y los dioses. La ciudad es un logro distinto, y, desde su punto de vista, humanamente insuperable, de la civilización griega, frente a las rudas formaciones políticas de las tribus bárbaras (*éthnē*).

En el esquema filosófico de su teoría política la ciudad representa el fin (*telos*) de la evolución de la sociedad, un fin o entelequia requerido por la naturaleza. Y cuando piensa esto, Aristóteles no alude a una forma abstracta, sino a la realización de la *polis* griega, la ciudad-estado democrática, de la que Atenas es el claro paradigma. Aquí nos sorprende la escasa imaginación histórica del filósofo⁶. Rechaza con razones explícitas y una desconfianza realista la utopía platónica. Pero al mismo tiempo ignora el progreso histórico que amenazaba ya angustiosamente la autarquía económica de las pequeñas ciudades griegas. Ya estaba fundada Alejandría de Egipto, pronto una ciudad de dimensiones colosales, mientras

que los reinos helenísticos iban a ser, sólo un poco más tarde, las comunidades políticas fundamentales, imprevisas por su teoría, poco atenta al futuro inmediato. Aunque hay que decir, en defensa de esta limitación del filósofo, que era aún muy pronto para tomar conciencia en Grecia del alcance y de la significación de las conquistas de Alejandro, y mucho más difícil era saber adónde se dirigían las revolucionarias decisiones de este personaje, sobre el que ni los modernos historiadores consiguen ponerse de acuerdo⁷.

Sobre las relaciones entre el filósofo y el joven conquistador, la leyenda ha fabulado pintorescas anécdotas, y, en cierto modo, ha convertido ese encuentro en un paradigma novelesco⁸, colmando con fantasía el hueco de los testimonios históricos. Es de lamentar la pérdida del memorial que el filósofo dirigió a su antiguo discípulo, intitulado *Alejandro o Sobre la colonización*. «El escrito se perdió, pero el conocido pasaje epistolar (fr. 658 Rose) con el consejo de Aristóteles a Alejandro de que debía ser caudillo para los helenos, para los bárbaros señor, y tratar a los primeros como amigos e iguales y a los segundos como a fieras o a plantas, nos lo muestra en pugna tanto con las ideas de algunos sofistas sobre la igualdad de los hombres como con los planes de su regio discípulo sobre la federación de los pueblos» (A. Lesky, *o. c.*, p. 580). A Aristóteles le sucedió con el Oriente conquistado por Alejandro como a Hegel con América: ignoraba la aurora de un nuevo ámbito histórico que iba a cambiar el horizonte político mundial, mientras creía atalayar la plenitud de las formas políticas desde su madurez crítica.

En buena parte por ese motivo, el de su limitado pragmatismo, los pensadores postaristotélicos se sentirán más atraídos por el idealismo platónico que por este realismo crítico, atento fundamentalmente a evitar una revolución como una vana catástrofe económica. La *Politeia* de Zenón entronca, al margen de las influencias cínicas, con la *Politeia* de Platón, en un puente ideológico tendido por encima de la *Política* aristotélica. Los estoicos, adaptados a los nuevos tiempos y a los amplios horizontes del helenismo –y más tarde del Imperio romano–, vuelven a recurrir a la utopía, al idealismo reformista, y coinciden con Platón en muchos temas. Vuelven a predicar la comunidad de mujeres y bienes, y el gobierno en manos de los filósofos. (Aunque, sospechamos, con cierta conciencia de la imposibilidad de llevar tal programa a la práctica.) Otros puntos de su teoría revelan aún más escandalosamente ese irrealismo irónico de la política utópica de los primeros estoicos, que aceptaban en su sociedad ideal, de acuerdo con los escritos de Diógenes, el incesto y la antropofagia. De los posteriores compromisos de los estoicos sería abusivo hablar aquí ⁹.

Por otra parte, toda ideología compromete un horizonte utópico; y así existe en la política aristotélica un cierto ingrediente idealista –como W. Jaeger y otros estudiosos han destacado–, considerándolo como una herencia platónica, contra la que Aristóteles habría reaccionado en una segunda etapa crítica. Ese moderado «idealismo» de Aristóteles, que está ligado a la concepción ética y a la metafísica de nuestro filósofo, destaca especialmente en algunos pasajes (y en los libros VII y VIII de la *Política*, al tratar del régimen ideal). De todos modos, y sin pre-

tender extremar esa oposición demasiado abstracta entre idealismo y realismo, Aristóteles no pierde nunca de vista la posibilidad práctica de sus reformas y se orienta más en la dirección de un «posibilismo» que en los senderos de una utopía cualquiera.

II. Composición de la Política

Aristoteles hatte zu keiner Zeit vor, ein wissenschaftliches Werk Politik zu schreiben, so wenig wie ein Werk Metaphysik; er hielt zu verschiedenen Zeiten aus verschiedenen Anlässen Lehrvorträge über bestimmte Themen; er hatte keinen Generalplan für ein künftiges Werk Metaphysik, ebenso wenig für eine Politik. Trotzdem hat alles eine innere Linie.

Rudolf Stark

La advertencia de que Aristóteles no preparó la edición de la *Política*, y de que, probablemente, como indica R. Stark¹⁰, nunca se propuso escribir una obra científica con tal título –como tampoco se habría propuesto una *Metafísica*–, sino que la obra compleja que nos ha llegado bajo tal denominación representa la adición de varios tratados menores (*Pragmateiai*) de tema y de objetivos más concretos, es importante para entender lo incompleto de esta *Política*, el estilo rápido y descuidado, como de apuntes (no tanto de carácter esotérico, como previos a una revisión definitiva); el aparente desorden parcial, y

las reiteraciones y aplazamientos en algunos temas. El proceso de redacción de la obra se extendió, pues, por largos años. Aunque algunos de los materiales incorporados y algunas críticas puedan proceder de época bastante anterior –seguramente ya en su etapa académica, hacia el 360 a. C., Aristóteles se habría interesado por tales temas–, lo fundamental de la *Política* parece proceder de los últimos años del filósofo, de la década entre el 333 y el 323-2, año de su muerte.

Si bien, como decíamos, la *Política* es, ante todo, una adición de estudios menores de tema político, no obstante «la obra ofrece, en la ordenación tradicional de sus libros, una cierta secuencia lógica y una unidad interna», como dice Stark. A pesar de una diversidad de temas y enfoques, de datos y de ideas y críticas, la estructura de la totalidad posee un sentido unitario, arraigado en la perspectiva filosófica de Aristóteles, con sus apoyos en su concepción metafísica y ética. Sólo que esta perspectiva unitaria no es tan esquemática como algunos postulan. Como Karl Marx decía que él no era «marxista», así Aristóteles resulta poco «aristotélico», en cuanto con este adjetivo se quiere definir un método demasiado abstracto y simple de analizar la realidad mediante unas categorías prefijadas, intento injusto para encasillar un pensamiento tan vivaz, tan atento a los datos de la realidad, tan crítico con las teorías idealistas, y, a veces, tan aporético, como el de este filósofo antiguo.

En el conjunto de libros titulados *Política* (el término griego *Politiká* es un plural, que sólo indica «libros de tema político» y no supone una concepción unita-

ria) pueden distinguirse varias secciones menores, de enfoque y temática un tanto diversos; y estas partes con un cierto núcleo común han sido ensambladas luego en la composición general, de acuerdo con algún esquema previo. Así, por ejemplo, los libros IV, V y VI, colocados en el centro de la composición, en la transmisión tradicional del texto, se caracterizan por un enfoque «empírico» decidido, con su atención a los hechos y detalles de un panorama histórico bien definido. Constituyen una buena muestra del interés de Aristóteles por los hechos concretos, por «una biología de la política» (W. Jaeger); y este bloque debe estar en relación con la investigación histórica del filósofo (y su equipo del Liceo), que reunió en una extensa compilación los datos sobre las constituciones de los diferentes estados helénicos, hasta un número de 158 constituciones. Es de lamentar que hayamos perdido esta vasta obra, a excepción de la *Constitución de los Atenienses*, restituida por un papiro¹¹. Esta obra pertenece a la madurez de Aristóteles –aunque a veces sorprende su escaso rigor crítico en materia histórica– y debe datarse en torno al 330 a. C.

El bloque temático de los libros II y III, que tal vez fueran independientes en un principio, es de carácter teórico general. El libro II es, fundamentalmente, una serie de críticas, dirigidas en primer término a las formas políticas propuestas por Platón, por Faleas y por Hipódamo, es decir, a planteamientos de corte utópico, y luego a varios regímenes políticos afamados por su estabilidad (Lacedemonia, Creta y Cartago) seguidas de algunas reservas frente a la democracia ateniense en su desarro-

llo histórico. (Aunque aquí no se detiene demasiado el filósofo.) Este libro II viene a ser como una especie de segunda introducción, después del I, que es de un carácter más general, planteando las cuestiones sobre una base histórico-crítica. Del mismo modo Aristóteles evoca en la *Metafísica* las aportaciones de los filósofos anteriores para plantear luego los problemas sobre esa perspectiva histórica. En principio es una excelente aportación metodológica de Aristóteles (aunque se le haya objetado alguna vez su parcialidad crítica, al juzgar a los filósofos anteriores desde una perspectiva propia y con unos supuestos propios del sistema).

El libro III es, en cierto modo, el central en la obra con su estudio teórico sobre el ciudadano y los diferentes regímenes políticos, y destaca en él el carácter inquisitivo y aporético, sin soluciones simples y con planteamientos abiertos. Los libros VII y VIII forman claramente una unidad temática: el estudio del estado ideal y su relación con la finalidad del individuo y con la educación, como fin y medio de tal construcción. Pese a que suele subrayarse en estos libros el carácter idealizante, la aproximación a la utopía platónica (del libro VII) es sólo gradual, ya que no se pierde de vista el horizonte de las posibilidades históricas.

El libro I sirve de introducción al conjunto de la obra. Por esa razón se suele pensar que su elaboración es posterior a la del resto. (Aunque puede contener algunos capítulos más antiguos insertos en la introducción.) Por un lado, enlaza con el final de la *Ética de Nicómaco*, obra que anuncia los temas de la *Política*, y a la que éste remite en varias ocasiones. Por otra parte, en su planteamiento

to inicial, con el comienzo del libro I de dicha *Ética* y el I de la *Metafísica*. En esto influye el papel introductorio de estos textos iniciales, aunque puede pensarse además en una influencia muy directa de la *Ética*, cuya introducción pudo servir de modelo para ésta de la *Política*. Pero, además, el libro I es muy complejo: trata de la formación de la *polis*, de las distintas relaciones de dependencia, de la esclavitud y, finalmente, de la economía. Aunque en este punto, que Aristóteles tiene el mérito de haber considerado como fundamental, su tratamiento nos resulta un tanto apresurado, tal vez porque había expuesto sus ideas sobre él, más detenidamente, en un tratado *Sobre la economía* (*Perí oikonomías*), que se nos ha perdido. Existe, desde luego, una cierta continuidad entre este libro I y el III, mientras que el II, con sus diversas críticas, y con una unidad más notoria, se nos aparece como un segundo prólogo, de tipo muy distinto, y mucho más concreto, sobre las formas de gobierno.

Para los que son partidarios de un análisis por estratos («Schichtenanalyse», de W. Jaeger) como referencias implícitas a la evolución histórica del pensamiento de Aristóteles, con la oposición entre una etapa idealista, platonizante, y otra etapa más realista, más personal y madura, el contraste entre unas partes y otras de la *Política* sería una muestra del proceso filosófico de su autor. Sólo que, de acuerdo con ello, hay que (como hacen en sus ediciones W. L. Newman y J. Marías) reordenar la posición de los libros en contra de la ordenación tradicional, para adecuarla al desarrollo de la filosofía aristotélica en su progresar del idealismo al realismo crítico. Es decir, hay que situar el bloque de los libros IV, V y VI al final de la

obra y anteponerles el conjunto de los libros VII y VIII, que enlazarían muy bien con el III. De hecho las últimas líneas del III encajan con el comienzo del libro VII verbalmente. (Aunque hay dudas serias sobre la autenticidad de esas líneas finales del libro III.) Los principales especialistas están de acuerdo en admitir la anterioridad de los libros VII y VIII al resto de la obra; pero son escasos los que deducen de ello que haya que recurrir a la reordenación de los libros para un mejor entendimiento de la obra de Aristóteles. Que, por otra parte, puede connotar un sentido notablemente diferente si concluye (a pesar de su carácter incompleto) con los libros empíricos o con los idealizantes. (Ya el mismo Jaeger consideraba posible que el orden tradicional fuera establecido por Aristóteles, aunque retocando una anterior ordenación, y no consideraba del todo oportuno trastocarlo.)

Aun reconociendo la enorme y renovadora influencia de la interpretación analítica de W. Jaeger en los estudios aristotélicos, los filólogos actuales tienden a observar una cautelosa reserva frente al supuesto progreso del filósofo desde el idealismo platónico a su crítico empirismo. Y, sobre todo, frente a la distinción entre tratados más antiguos o más modernos según su tendencia más o menos idealista. Una cronología basada en la interpretación filosófica de los tratados es poco objetiva, y no parece fácil el distinguir en un mismo libro entre rasgos realistas o idealistas. Así, por ejemplo, el libro II¹¹ de la *Política*, que, según Jaeger, corresponde a la redacción más antigua, abunda en detalles empíricos, junto a su duro rechazo crítico de las utopías¹².